



dominicos

Jue  
21  
Sep  
2017

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario  
Hoy celebramos: San Mateo (21 de Septiembre)

“...y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió”

## Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 1-7. 11-13

### Hermanos:

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos.

A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo.

Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

## Salmo

Sal 18, 2-3. 4-5 R/. A toda la tierra alcanza su pregón

El cielo proclama la gloria de Dios,  
el firmamento pregona la obra de sus manos:  
el día al día le pasa el mensaje,  
la noche a la noche se lo susurra. R/.

Sin que hablen, sin que pronuncien,  
sin que resuene su voz,  
a toda la tierra alcanza su pregón  
y hasta los límites del orbe su lenguaje. R/.

## Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 9, 9-13

En aquel tiempo, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme".

Él se levantó y lo siguió.

Y estando en la casa, sentado a la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos:

"¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?".

Jesús lo oyó y dijo:

"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "Misericordia quiero y no sacrificio": que no he venido a llamar a justos sino a pecadores".

## Reflexión del Evangelio de hoy

Un Señor, una fe, un bautismo

Pablo, en las últimas etapas de su carrera, le preocupa la construcción del Cuerpo de Cristo y se dirige a los cristianos de Éfeso, recordando que todos somos uno en el Espíritu.

Pablo parece dirigirse a los fieles de entonces, de ahora y de todos los tiempos. Es fácil ver que, aunque todos fuimos llamados a una misma fe y hemos recibido un mismo bautismo en el nombre del mismo Señor, estamos más ocupados en ocupar un sitio que en cumplir nuestra misión. Fuimos llamados a cumplir una sola misión, pero la humildad y la

mansedumbre suelen brillar por su ausencia. Somos incapaces de soportarnos con amor porque no entendemos el amor como alteridad, no somos sujetos del amor, sino que pretendemos ser siempre el objeto de ese amor y el egotismo borra al otro como objeto de nuestro amor.

Cristo constituyó a su Iglesia, aceptando que quiso una iglesia, con múltiples miembros y variados cometidos, cada uno siervo de los demás y todos unidos en una misma misión. Pero esto pronto pasó a ser solo palabras y cada miembro pretendió ser el más importante, el dominante, y fueron surgiendo autoridades que exigieron servidores, “servi servorum Dei” que dejaron de servir para ser servidos. Y fue el comienzo de la feria de las vanidades en la que en lugar de perfeccionarse para el ministerio constructor del Cuerpo de Cristo, en hacerse piedras del único templo, cada piedra pretendió, pretendemos, ser el templo completo.

...y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió

Y ahí tenemos a Mateo, pecador público, odioso cobrador de impuestos, seguramente no del todo honrado, convertido en Apóstol del Señor, que, además, se sienta a su mesa.

Escándalo grande el provocado por Jesús ante los perfectos: Jesús se sienta en la misma mesa que publicanos y pecadores, comparte su comida, escucha sus conversaciones y conversa con ellos. Una hermosa escena de enfermos rodeando a la curación.

Una situación que permite a San Mateo transmitirnos una característica importante del mensaje de Jesús. Recordando las Escrituras puede repetir: “Misericordia quiero, y no sacrificios”. Jesús vuelve a recordar a los que le escuchan que no es lo importante ser perfectos, sino buscar la perfección. No es lo importante saberse sanos, sino sabernos enfermos necesitados de curación. Ciertamente, si somos, si nos creemos, ya perfectos, nada tenemos que convertir y Cristo no nos es necesario nada más que para ilustrar nuestro ego, para darnos brillo. Pero si nos sentimos enfermos que desean la curación, seres imperfectos, inacabados, que buscan la perfección, entonces estaremos en el camino que lleva al verdadero encuentro con la Salud.

Cristo nos busca porque no somos perfectos y puede ayudarnos a serlo. Solo tenemos que reconocer nuestra poquedad para colocarnos en el camino donde la verdad y la vida tienen su sitio.

*¿Nos consideramos maestros perfectos o publicanos pecadores?*



D. Félix García O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicanos de Viveiro (Lugo)

# San Mateo

## Apóstol y evangelista

Entre los seguidores de Jesús de Nazaret hay personas de muy diverso carácter. De los relatos evangélicos, como de las páginas del Antiguo Testamento, se deduce que Dios no tiene un único modo de llamar a los que ha elegido. Se podría decir que es su gracia, y no las cualidades humanas, las que configuran el ideal de su llamada y también del llamado. Entre los seguidores de Jesús, varios eran pescadores. Seguramente algunos otros se habían dedicado también a las tareas agrícolas. Y habría entre ellos miembros de otras profesiones artesanas que nos pasan inadvertidas a través de los relatos. Pero lo que resulta más sorprendente es que entre los llamados por Jesús nos encontremos con un publicano o cobrador de impuestos.

Este título puede responder a muchas profesiones un tanto diferentes. Había cobradores de impuestos que alquilaban la recaudación para enviar los dineros de las provincias a las arcas imperiales. Había otros recaudadores que cobraban derechos de portazgo entre un reino y otro, entre una tetrarquía u otra.

Cafarnaún debía de contar con varias oficinas en las que se cobraban diversos tipos de impuestos. A una de estas oficinas se acercó un día Jesús para llamar personalmente a Mateo. No sabemos de dónde era. El evangelio que lleva su nombre nos refiere la escena de su vocación (Mt 9, 9-13). Se le denomina Mateo, abreviación de Mattenaí y de Mattanya, que significa «regalo o don de Dios». En los lugares paralelos, los relatos de Marcos (Mc 2, 13-17) y Lucas (Lc 5, 27-32) nos hablan de la vocación de un tal Leví, hijo de Alfeo que, sin duda, es la misma persona como ha admitido la tradición de la Iglesia con muy contadas excepciones.

En el relato bíblico sobre la vocación de Mateo nos llaman la atención especialmente tres momentos: la llamada, el banquete y la revelación de Jesús que parece culminar los dos momentos anteriores.

Nos impresiona mirar el cuadro pintado por Caravaggio que se conserva en la iglesia de San Luis de los Franceses, en Roma. El enorme lienzo nos sitúa en una estancia cerrada, bastante oscura. Hay solamente un haz de luz que penetra por la parte superior derecha iluminando levemente el lugar. Precisamente por esa parte se dibuja también la imagen de Jesús. Ha sido representado como un personaje noble, dotado de una mirada firme y determinada que, siguiendo una línea imaginaria, va a cruzarse directamente con la mirada de Mateo.

En la pintura, Mateo está rodeado por algunos jóvenes. Unos han vuelto ya la mirada hacia Jesús, mostrándose un tanto asombrados por su entrada en aquel espacio. Los otros jóvenes siguen todavía prestando atención a las monedas que tintinean sobre la mesa del cobrador de los impuestos. Sin embargo, en esta «instantánea», captada por Caravaggio, Mateo ha levantado ya su cabeza. Ha percibido la mirada de Jesús, y la hace suya, aunque un gesto de su mano parece sugerir un momento de duda y tal vez de excusa. Es como si se mostrara incrédulo. Parece que le resulta difícil aceptar que la llamada de Jesús vaya dirigida precisamente a él.

El relato evangélico es parco en palabras. Nos refiere solamente que Jesús se acercó al lugar donde estaba Mateo y le dirigió una escueta invitación: «Sígueme» (Mt 9, 9). Es ésa una palabra profundamente significativa. El maestro va buscando seguidores. El verbo «seguir» encierra, como se sabe, un resumen de todas las actitudes que se requieren del discípulo del Maestro.

El texto de la homilía de San Beda el Venerable, que hoy se lee en el oficio de lecturas, vincula la vocación de Mateo a la mirada de amor que Jesús le dirigió:

Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: "Sígueme". Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme, Sígueme, que quiere decir: "Imítame". Le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió él.»

« Sígueme». Más que una invitación parece una orden terminante y decidida. En ninguna parte se nos dice si Jesús conocía previamente al cobrador de tributos. Pero sí se nos dice que él aceptó inmediatamente la invitación del Maestro: «Él se levantó y lo siguió». Lo escueto del texto que narra esa decisión con la que Mateo decide seguir a Jesús puede sugerir dos posibilidades. O bien que Mateo había ya oído hablar de la grandeza del profeta de Galilea y de la majestad de su mensaje, o bien que la presencia del mismo Jesús resultó para él un motivo suficiente para dejarlo todo y seguirle.

Sea como sea, tenemos ante los ojos uno de esos momentos en los que la llamada de la trascendencia se cruza con las mil preocupaciones inmediatas de la inmanencia. Lo divino irrumpe en el panorama de lo humano. El hombre-Dios viene a cambiar los planes que los humanos se habían forjado. Ante la voz que llama, los antiguos proyectos pierden prestancia y valía. La llamada al seguimiento relativiza todas las decisiones anteriores.

Como ocurrido anteriormente con Pedro y Andrés, con Santiago y Juan, también de Mateo se subraya que abandona todas las cosas para seguir al Maestro que le invita. La rapidez en la respuesta a la llamada, la generosidad en el seguimiento y la libertad con la que el valor encontrado relativiza los valores antes poseídos parecen convertirse en puntos fundamentales en la dinámica del discipulado.

Claro que nadie lo deja todo por nada. Ni siquiera se deja algo por algo. En realidad, los discípulos primeros de Jesús, no siguen una filosofía sino a una persona. No se enamoran de una idea, siguen a un profeta.

*José-Román Flecha Andrés*